



Manasse de Numenor: La historia de un caballero medieval

L. A.

Esta historia sucede entre 1180 y 1213, en un imaginario condado del norte de Francia y en medio de las pugnas que enfrentaban por un lado al papado¹ y por otro a los principados². Nadie dudaba que la voluntad divina había separado a los hombres en “tres órdenes”, cuyo intercambio de servicios cimentaba la estructura social.

Uno de esos órdenes, los caballeros, debía dedicarse a la guerra. Predestinados y dotados de una virtud particular que habían heredado de sus antepasados, sólo ellos tenían derecho a recibir el equipamiento completo del guerrero, y a usar las armas (aunque sólo en causas justas).

Este ensayo cuenta la historia de un caballero, Manasse de Numenor, hijo del Conde Reginaldo. Éste es un personaje ficticio, reconstituido a partir de lo que la historiografía reciente nos enseña de la caballería medieval y del ideal masculino que ésta representaba.

* * *

¡Es un niño, un varón.... ha nacido un varón!

Manassé siente un estremecimiento al escuchar los gritos que vienen del piso superior. Conmovido se acerca a la ventana y observa las tierras y los bosques que son parte de sus dominios. Medita: todo lo que sus ojos observan se entregarán un día al chiquillo que ahora escucha gritar. Tenía fuertes pulmones, a no dudarlo. Le servirían para arengar a las tropas antes de dar batalla. ¿Llegaría a ser un caballero...?

“¿Qué es manejar las armas?
¿Se sirve uno de ellas como de una criba,
de un harnero o de un hacha?
No, es un trabajo mucho más duro.

¹ Durante el siglo XI, la Iglesia había ido reformándose progresivamente y se unificó bajo la autoridad del obispo de Roma.

² Inglaterra, Germania y la Francia del norte, domonada por Felipe Augusto, del Loira vivían un proceso de consolidación.



¿Qué, es, entonces, la caballería?
Cosa tan fuerte y tan intrépida y que
Tanto cuesta aprender
Que un villano a ello no se atreve...

* * *

Reginaldo, gran caballero, de conocido linaje, es el rico y poderoso conde de las tierras de Numenor. Su esposa Aliénor, oriunda del Anoriem, había vivido lo suficiente para dar a luz nueve hijos, de los cuales seis llegaron a la adultez, -cuatro hombres y dos mujeres-. Aliénor se comportó como una buena mujer, tal como los clérigos enseñaban que ellas debían serlo: buena cristiana, vivió en la sumisión; su piedad se desarrolló de acuerdo con su hombre y a voluntad de éste³.

“Pasiva, como deben serlo las buenas esposas, prestándose sin estremecimientos al hombre, para que él quede purgado de sus excesos e vigor”⁴.

El conde, como todos los jefes de linaje, debía ocuparse del futuro de sus vástagos, controlando a los jóvenes varones y cuidando que las mujeres pasaran, sin transición, de la virginidad a la maternidad legítima (o sea, de la tutela de un padre, a la de un esposo, futuro padre de sus hijos). Pero estas importantes decisiones no le concernían sólo a él, sino también, por supuesto, al círculo de hombres, caballeros -señores y vasallos- que le rodeaban ya sea por parentesco o por el vínculo vasallático.

Todavía se mantenía la costumbre de negar el matrimonio a la mayoría de los muchachos nobles para limitar los nacimientos legítimos, restringir las particiones sucesorias y conservar íntegro el patrimonio. Los varones de la casa debían permanecer simples caballeros, sólo se buscaba esposa para el primogénito y sucesor. Aunque en otras casas la tradición se aflojaba para permitir que algunos segundones formaran un hogar, Reginaldo no quiso arriesgar el condado de Numenor. Él y sus parientes buscaron una esposa sólo para el mayor, Reginaldo hijo. Encontraron un buen partido, una heredera cuyos padres ofrecían una buena porción de tierra como dote. Comenzaron las conversaciones para llegar a un acuerdo con los padres de la elegida.

El buen matrimonio debía ser decidido por ambos padres. Este era un medio de preservar y realzar el honor de la casa; pero también era un negocio, y un instrumento que servía a las alianzas políticas. Así, el matrimonio vinculaba más a familias que a

³ Duby, Georges. *EL caballero, la mujer y el cura. El matrimonio en la Francia Feudal*, Editorial Taurus, Madrid, 1984, pág. 171; y “Hija, esposa, dama y madre, a lo largo de toda su vida Dionisia estuvo sometida al hombre, padre, esposo, hijo, incluso cuñado, que llevó la casa en que ella vivió”. Pág. 197.

⁴ Ibid. Pág. 120.



individuos. Eso sí, tenía que contar con el consentimiento de los cónyuges según las normas que desde mediados del siglo XII la Iglesia venía imponiendo. Debía ser monógamo, evitar el incesto y reprimir el placer⁵.

Reginaldo tenía menos de diez años cuando fue concertado su matrimonio y, aunque la prometida era mucho más joven, ella también estuvo de acuerdo: “Todavía no hablaba. Fue llevada en medio de las dos familias reunidas para que se la viese públicamente, solamente, aceptar al que habían escogido para dárselo por esposo. Reconocieron como asentimiento del bebé su hilaritas: la niña sonrió, y la aplaudieron; estaba de acuerdo, y desde ese momento era sposa”⁶.

Pero cuando llegó el momento de realizar las bodas, Damiata de Nevrast se rehusó; prefería a un caballero de inferior nobleza y juró que se suicidaría si le negaban “los abrazos que deseaba”. Sus padres, angustiados, consultaron a un clérigo que les aconsejó no contrariar la prohibición canónica de forzar a una mujer a unirse al que no quiere. Como el pacto conyugal había sido precoz, no hubo mayores inconvenientes para deshacerlo, y Damiata tuvo a su caballero. Pero éste era un “joven” caballero afamado que para incrementar su gloria siguió arriesgando su vida. Damiata, hija rebelde, se convirtió muy pronto en viuda, dispuesta entonces a aceptar a Reginaldo⁷.

Después de recibir su formación en casa del señor de su padre, -y ha poco de haber sido ordenado caballero-, Reginaldo se trasladó a Nevrast para celebrar sus bodas en la casa de la que sería señor y dueño. Aunque los tios y primos de su esposa, y toda la mesnada del antiguo señor se oponían a él, envidiosos de ver a un hombre de otra sangre dominar en su casa. Reginaldo debería imponerse y engendrar pronto un hijo en Damiata. No se esperaba menos de él.

Si bien podía acceder a las tierras que su padre había conquistado o a una pequeña parte del feudo, Manassé, segundo hijo del conde de Numenor, que había nacido en 1180, no tenía esperanzas de heredar el patrimonio de su linaje. En eso su destino debía ser muy distinto al de su hermano mayor. Numerosos hijos de buenas familias envejecen esperando la ocasión de ser armados caballeros, pues cada vez los señores tienen más dificultades para procurar a su hijo el mejor equipo de guerrero cuando culmina su aprendizaje⁸. Cuando cumple diez años de edad Manassé es enviado a casa del hermano de su madre, Giraut de Anoriem para recibir su formación de caballero.

⁵ La Reforma Gregoriana intentaba poner lo espiritual por sobre lo material. Desde el año 1000 comenzaron los esfuerzos por conciliar la moral de los caballeros con la de los eclesiásticos respecto del matrimonio. A mediados del siglo XII, el matrimonio terminó siendo sacralizado sin ser descarnado; en ese momento el conflicto entre las dos morales perdió su aspereza. Pág. 157.

⁶ Ibid, pág. 217.

⁷ Ibid, pág. 112.

⁸ Duby, Georges. *El domingo de Bouvines*, Alianza Editorial, Madrid, 1988, pág. 31.



Giraut se convierte en su nuevo padre, él lo educará y será su señor. Junto a Manassé se encuentran otros tantos muchachos, muchos segundones como él, que atestaban la casa de sus padres y no tenían nada propio mientras estos vivieran. Todos sufren la brusca transferencia a otro mundo: el de las cabalgadas, cuadras, almacenes de armas, cazas y retozos viriles. Todos crecerán allí, integrados en la banda de los caballeros, adolescentes viviendo en la promiscuidad militar con hombres ya maduros⁹.

Manassé permanece nueve años en esta casa, rodeado de hombres. Envidias y rivalidades separan a los jóvenes, que se afanan, a fuerza de hazañas, por ganar los favores del señor. Pero algunos se convierten en inseparables compañeros ligados por la fidelidad, -esta relación afectiva que sustenta la red de solidaridades, derechos y deberes del cuerpo caballeresco-.

“Más determinante aún, la prolongada amistad forjada desde la infancia, durante los años de aprendizaje en la corte de un señor común, consagrada un día de Pentecostés en las fiestas colectivas de la investidura de armas y alimentada durante años con los placeres de la caza y de la guerra, por el goce de partir juntos al alba, y por esa connivencia que permite capturar las buenas presas que por la noche se comparten brindando; amistad interrumpida ciertamente por enemistades, impacencias y desafíos, pero que, sin embargo, permite la verdadera cohesión de las mesnadas en torno a cada pendón”¹⁰.

Manassé fue armado caballero el día de Pentecostés de 1200¹¹. Giraut de Anorriem le dio a él y a otros cuatro jóvenes la bofetada “que no se devuelve”, elevándoles, por medio de los “sacramentos caballerescos”, a la perfección viril. Estaba presente un público numeroso, ante el cual Manassé debió demostrar su valor, manifestar que era digno de tal admisión. Se reveló en su plenitud, hizo aparecer tanta virtud que los espectadores “no podían creer que todavía estaba aprendiendo las armas”¹². Por la tarde, como era costumbre al final de la ceremonia de ser armados caballeros, se hizo fiesta, con actores y juglares para cantar los elogios, y comida y bebida en abundancia. Al otro día fueron recibidos por los monjes y los clérigos en la Iglesia.

Poco más tarde, Giraut anunció a los nuevos caballeros que en adelante no debían contar más que consigo mismos. Hasta entonces sus vidas se habían desarrollado bajo protección y no les había faltado nada. Pero su aprendizaje había terminado y no les alimentaría más. Con el vagabundeo comenzaba la libertad, la verdadera independencia, pero también el peligro. Debían irse, marcharse a dar vueltas,

⁹ Duby, Georges. *Guillermo, el Mariscal*, Alianza Editorial, Madrid, 1985, pág. 75.

¹⁰ Duby, Georges. *El domingo*, op. cit. Pág. 40.

¹¹ “Por regla general, la ceremonia de armar tenía lugar en ese día de primavera; el Espíritu Santo descendía sobre los nuevos caballeros”. Duby, *El caballero...* pág. 212.

¹² Duby, Georges. *Guillermo...* op. cit. pág. 80 y 81.



buscar y conquistar. Ceñida la espada, Manassé de Numenor se había convertido en un hombre entre los hombres.

(...) Manassé, por ser menor, no tenía nada. Debía lanzarse a los caminos sin mas posesión que su espada, su caballo y su aprendizaje caballeresco, esto último, sin duda, lo de mayor valor.

Había aprendido las obligaciones principales de la caballería. Primero, la fidelidad, no traicionar la fe jurada y ser leal. Como hombre de guerra debía conducirse con proeza, ser valiente e intrépido, combatir e intentar vencer, conforme a las leyes. Y también actuar con largueza, ser generoso y distribuir entre los suyos pues el caballero no debe guardar nada en sus manos.

También se había hecho amigos con los que se echaría a andar. La amistad nace del homenaje prestado a un mismo señor, que une a los hombres; es una virtud, por tanto, masculina y propia de los guerreros. Manassé no abandonaría a sus amigos. Los caballeros nunca andaban solos y ellos formaban parte de los “jóvenes”, ese grupo marginal compuesto por los hombres a los que las estructuras patrimoniales y las estrategias de la política matrimonial impedían establecerse. Su inestabilidad debía encauzarse. Qué mejor que en la práctica militar. Estos grupos de hombres errantes, cuando no participaban en la guerra, dedicaban todos sus esfuerzos en torneos que congregaban con regularidad a los varones de las más alejadas comarcas.

Los torneos se realizaban casi cada semana, interrumpidos sólo por las fiestas religiosas, de lugar en lugar. En ellos se daban cita varios equipos con sus colores y capitanes. Se invertían fuertes sumas de dinero en contratar caballeros, equiparlos, comprar caballos y realizar apuestas; del dinero ganado en los torneos los caballeros se deshacían prontamente.

Manassé, que por su temeridad se había hecho famoso, era el jefe de un grupo que paseó durante años compitiendo por el norte de Francia. Las bandas se instalaban cerca del campo de juego; los hombres bebían juntos, jugaban a los dados, sellaban alianzas, discutían acerca de la táctica y preparaban su equipo.

“Esta noche la habían pasado entera lustrando el equipo, comprobando si las piezas de la armadura y de los enjaezamientos de los jinetes encajaban, si se ajustaban convenientemente, bruñendo, envolviendo para el viaje las cotas y los quijotes de malla, rectificando los yelmos y las empuñaduras de los escudos para que las uniones estuviesen más seguras, pasando lazos entre las mallas que, llegado el momento, atarían el casco al capote y a la cofia, estas protecciones de la nuca y el cuello”¹³.

Los equipos se ordenaban en dos campos y siempre luchaban en grupos compactos; alguno, a veces se aventajaba, para lograr más cautivos y obtener gloria y

¹³ Ibid, pág. 107.



dinero. El peligro era grande y morían tantos, o más, que en la guerra. Manassé de Numenor era alabado por sus proezas y, como los otros campeones, su coraje era juzgado por las damas, atentas espectadoras de los torneos y que profundamente emocionadas, se dejaban conquistar fácilmente.

En cierta ocasión, Manassé logró cautivar a una hermosa joven, Julette, dedicándole su triunfo. Ella tardó poco en sucumbir a los encantos del hermoso y valiente caballero. “Tanto se han besado y abrazado que Gauvin la flor le tomó perdió el nombre de doncella, más le agradó, y no dijo que no”¹⁴.

Pero Manassé debía seguir su camino si no tras los torneos, siguiendo a Felipe Augusto, en sus pillajes y ataques contra los enemigos de Francia del norte que el rey de Francia dominaba. Fue tarea difícil despedirse de los atractivos de Julette.

“¡Dios mío!, ¿Cómo podré privarme
Del feliz encanto de su intimidad
Y de los placeres que acostumbra a darme
la que es mi dueña, compañera y amiga?
Cuando me acuerdo de su franca acogida
Y de las dulces palabras que me dedicaba
¿Cómo me puede seguir latiendo el corazón?
Si no se para, es ciertamente un malvado”¹⁵.

Entre amores y reyertas Manassé pasó trece años vagando por los campos junto a sus amigos, llenándose y vaciándose las manos de oro, conquistando mucha gloria pero ni un puñado de tierra. Un poco cansado ya, tenía ganas de establecerse, y de casarse. Después de haber gozado su período de “juventud”, donde la proeza, la persecución y el rapto le estaban permitidos; después de haber ‘amado’ con desenfreno¹⁶ sueña con “la mujer perfecta que uno coge, de la que uno se impregna, en la que se engendran hijos hermosos”¹⁷. Quiere renunciar a las correrías e instalarse en la tranquilidad y sabiduría, que son virtudes propias de los “señores”. Sabe que el paso de una edad a otra está medida por el rito del matrimonio; ya casado y padre de familia, el hombre de sangre noble adquiere la plena responsabilidad de la gestión señorial, en el interior del marco ordenado que constituyen la casa, el matrimonio y el parentesco.

¹⁴ Duby, Georges. *El Caballero*. Op. cit. pág. 188.

¹⁵ *Antología de la lírica medieval francesa*, Editorial Visor, Madrid, 1982, pág. 22.

¹⁶ Duby, Georges. *El caballero...* Op. cit. pág. 184. “Esto se tolera en los hombres porque está en sus hábitos y porque es privilegio de su sexo realizar todo lo que en este mundo es deshonesto por naturaleza”. En cambio, a las mujeres les corresponde ser púdicas y reservadas: si se abandonan a varios amantes, transgreden la regla; están excluidas de la compañía de las damas honesta”.

¹⁷ Ibid, pág. 189.



¿Pero qué esperanzas puede albergar? Bien sabe que como segundón sus posibilidades están limitadas. Pero Reginaldo está casado hace cuatro años y todavía no engendra un hijo; y Hugo, el hermano de su padre es una amenaza para la integridad del condado de Numenor.

El conde no ponía demasiado empeño en buscar una esposa para su segundo hijo, cuando sucedió desgraciada, pero oportunamente para Manassé, un acontecimiento inesperado: su hermano Reginaldo murió instantáneamente al caer, en unas correrías, de su caballo, poniendo al segundón en la posición de heredero. Su padre con los otros hombres importantes del linaje se apresuraron a buscar una solución.

¿Casarlo con Damiata de Nevrast, la por segunda vez viuda? No era aconsejable: la Iglesia no está muy de acuerdo con los matrimonios consanguíneos y Damiata es pariente de Manassé. Aunque muchas casas incurren en el pecado con el beneplácito de los clérigos y luego lo esgrimen como causa de divorcio con el mismo beneplácito, no es prudente arriesgar el matrimonio del futuro conde. La rebelde y estéril Damiata va a ser enviada a un convento. Es mejor buscar una doncella, de noble familia y tierras lejanas para extender los lazos de parentesco y la influencia de la familia.

Luego de algunos meses de exhaustiva búsqueda, apareció una valiosa candidata: Ide de Hithlum, hija de nobles poseedores de unas desconocidas tierras al Este. El padre, Conrado, y sus barones más cercanos, junto a la madre, Gertrudis, viajaron a Numenor a concertar el pacto.

Manassé apenas la vio antes de casarse, pero su padre y los otros caballeros no se habían equivocado: la doncella era hermosa y joven, prometía ser fecunda. Reginaldo sabía que la semilla de Manassé era vigorosa, ya que éste tenía un bastardo, Esteban, de tres años de edad, algo que no podía asegurar de su primogénito.

“A las muchachas de la aristocracia se les impone la contención, mientras que el panegírico elogia a los muchachos por su petulancia sexual... Esta sociedad masculina no reprueba tales excesos genéricos entre los hombres. Más bien, los elogia, y mucho, cuando los ardores no van a aplacarse en el vientre de una sirvienta o de una prostituta”¹⁸.

El XVI de calendas de marzo, de 1212, ante las puertas de la Iglesia de Lúthien fueron bendecidos los anillos, leída el acta de dotación y requerido el consentimiento de Ide y Manassé. Luego se trasladaron a Numenor para festejar las bodas, que duraron

¹⁸ “En esa época y en este lugar, la bastardía se inscribe en las estructuras de la buena sociedad. Era tan normal, que los bastardos, principalmente los del sexo masculino, no eran ocultados ni rechazados. Por privilegio de consanguinidad tenían derecho a cama y mesa en casa de su padre. Como no tenían esperanzas de heredar, eran menos rebeldes; se ve en ellos más seguridad que en los segundones nacidos de la esposa. Padre, buen señor, cuida su progenitura, cuida de educarlos. Arma caballeros a los muchachos”, *Ibid*, pág. 222.



tres días. Los esposos entraron al lecho nupcial después que el sacerdote había esparcido suficiente agua bendita para purificarlo -o prevenirlo- del placer.

Reginaldo podía estar tranquilo. Su tercer hijo, Bartolomé, se había consagrado a la Iglesia; su hija Matilde, había sido desposada por Bertrán de Beren, caballero amigo de Manassé, poseedor de ricas tierras cerca del condado; en cuanto al cuarto hijo, el más inquieto y parecido al heredero, Arnolde, ya había logrado cazar una heredera, Isabeaux, haciendo hazañas en un torneo; y ahora se entretenía en intentar domar a la extranjera parentela de su dama. Eloísa, la más pequeña, todavía no estaba en edad de casarse, pero quedaba en buenas manos. Pues Manassé no erraría en encontrarle un buen, y digno, marido.

El conde podía irse a descansar. Hacía años que quería terminar sus días en un convento, -nunca pudo reponerse de la muerte de su mujer a la que al parecer había amado más de lo que la Iglesia consideraba necesario. Enfermo y desanimado se sentía aliviado de entregar el patrimonio de la familia en las manos de Manassé cuyo vigor, destreza y valentía defenderían bien las tierras de Numenor. Había contraído un buen matrimonio y pronto vendría un hijo a confirmarlo.

Bibliografía

Antología de la lírica medieval francesa, Editorial Visor, Madrid, 1982.

Duby, Georges. *El caballero, la mujer y el cura. El matrimonio en la Francia Feudal*, Editorial Taurus, Madrid, 1984.

Duby, Georges. *El domingo de Bouvines*, Alianza Editorial, Madrid, 1988.

Duby, Georges. *Guillermo, el Mariscal*, Alianza Editorial, Madrid, 1985.

Histoire générale de l'art. Tomo I, Librairie Aristide Quillet, París, 1957.

Lajta, Edit. *Les primitifs français*, Librairie Gibert Jeune, París, 1973.

Quand la peinture était dans les livres. Flammarion, París, 1993.